La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X. | DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. | PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo. | COLABORADORES: Todos los suscritores. | NÚM. 431.

MURCIA 24 DE JULIO DE 1898.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Pues señor; héme aquí mano sobre mano y la pluma entre una y otra, discurriendo en busca de un asunto que tratar en estas columnas.

¡Ahí es nada! En los tiempos que corremos, suspensas las garantías y el ánimo suspenso; escribir algo interesante, es punto menos que imposible, algo tan difícil como saber lo que pasa allá en la Gran Antilla.

A los pobres de los periodistas nos han tapado la boca con un Decreto y no hay manera de decir dos palabras que valgan la pena de oirse.

Y lo que es ahora, hablarle al lector de cosa que no sea de la guerra presente ó de la paz futura, de la posible venida de la escuadra yankí á los puertos de la Península, de los desaciertos del Gobierno, ó de algo así, es perder el tiempo y el *espacio* lastimosamente, pues de seguro que no ha de haber quien dedique su atención á un asunto distinto de esos que he mencionado.

Ahí está la censura diciendo *á todos y cada uno* de los periodistas.

Y claro, como elogiarlo nadie lo vá á elogiar, prohibida la censura, resulta que no se puede decir de él una palabra.

Aunque en último término, eso como todas las cosas, es según y conforme.

Y si nó, vean ustedes. Ahora se me ocurre á mí mentar al Gobierno y lo miento. ¿A que no se atreve nadie á denunciarnos?

Oido á la caja:

«No; jamás nos cansaremos de elogiar á ese Gobierno que tan bien sabe interpretar las aspiraciones de la nación española; á ese Gobierno que con tan exquisito tacto y tan admirable talento dirige la marcha de la guerra; á ese Gobierno que vela solícito por el interés de la pátria; á ese Gobierno, á ese...»

La verdad es que se queda uno descansando después de dar un *bombito* así con tanta justicia.

Y como entre estas y las otras, ya hé emborronado varias cuartillas, hago punto final por hoy y hasta otro día.

El Gobierno mejorará sus horas.

LA VENGANZA

Tenia que suceder:

Isabel, aquella niña que en más de una ocasión sufrira los rigores de sus padres que se habian propuesto casarla con el jóven Enrique, el tipo «ideal» de aquella sociedad, realizó al fin sus dulces ensueños no sin arrostrar los despechos y amenazas de su familia que en ella cifraba su encanto, entregando su blanca mano á Julio, muchacho de posición no muy desahogada, pero de un porvenir risueño y brillante.

Era el preferido de su corazón. ¡Cuantas lágrimas y sinsabores le costó á la pobre Isabel al contrariar los proyectos de los autores de sus dias!

Aquel fracaso debió de recibirle Enrrique con natural despecho y sembrado en su corazón el gérmen de un ódio profundo hacia la mujer que le habia despreciado en su loca pasión,

Con toda aquella contrariedad, Isabel se consideraba feliz con el amor de su idolatrado esposo.

Ya tenemos á la jóven pareja en su nueva morada, entregada á las dulces libaciones del amor.

Ambos se prodigaban toda la ternura del más acendrado cariño, convirtiendo aquel hogar en delicioso paraiso, alegrado por el amor de una hermosa mujer que con sus gracias y encantos embriagaban el corazón del esposo amado. Como dos tiernos tortolitos tejian el nido de sus amores, sin que la más leve tristeza turbara su dulce arrullo.

En una palabra, vivian felices y contentos.

* * *

Como manso y trasparente lago que se mece amoroso sobre un fondo azúl, fueron los primeros años de aquel matrimonio feliz.

Julio llegó á escalar por su talento y reconocida probidad los puestos más preeminentes del foro, Era un afamado letrado, nombre que conquistó con su habilidad ingeniosa, demostrada en las más ruidosas cuestiones que supo afrontar con brillantes y elocuentes defensas.

Gozaba, pues, de una envidiable reputación y era la admiración de sus compañeros de toga qur veian en él un paladin esforzado de la humana ciencia del derecho.

No tardó por consiguiente en generalizar la fama de su celebridad.

* * *

Ya no era Julio aquel simple muchacho, á quien miraban con despreciativo desdén los «aristócratos» jóvenones de la córte de H***. No le faltaban sin embargo, amigos, antiguos compañeros de colegio que constituian el reducido circulo de sus intimidades.

Frecuentaba con ellos las horas que le permitian las fuenciones de su cargo, uno de los cafes más concurridos de aquella córte. Una noche sentados por costumbre al rededor de una mesa con unos cuantos amigos de buen humor, se abordó una conversacion por uno de aquellos, que rodando rodando vino á recaer en la mujer.

—Dichoso de ti, Julio, que has tenido la fortuna de casarte con un ángel.

—Esa es mi mayor felicidad, contestó aquel, la cual me costó un triunfo el conseguirla. Estaba muy lejos de esperar que aquella niña tan mimada por sus padres, cuyos rigores la llevaron hasta la desesperación, fuera hoy mi mujer; me case; chico, como bien sabe, por oposición.

—Yo pensaba del mismo modo, objetó un tercero, pues conozco á las mujeres por su debilidad. Cuando los padres se oponian á concederte la mano de la chica, temí que te naufragaras á la orilla.

—Ha sido una buena adquisición.

—Desengañaos y moderad vuestro entusiasmo; cuántas de esas mujeres que por su falsia concluyen por entregar su mano al «cándido» galan que tiene la desgracia de ser victima de su frivolidad. Yo tuve una novia, toda ella bondad y ternura que despues de darme pruebas de su amor, dióme al fin la castaña. Después de todo ha sido una mujer... «coqueta» por no decir otra cosa.

—¿Cómo es su nombre?

Y fijandose aquel en su interlocutor para examinar el efecto que le producian sus palabras prosigió:

—No tengo inconveniente en revelarlo, se llama Isabel Osma,

Un murmullo de indignacion se dejó oir entre los circunstantes.

Julio se extremeció ante aquella atrevida revelación, levantándose bruscamente de su asiento.

—Sepa usted, caballero, que esa mujer á quién acababa usto de inguriar es la mujer de Julio Delacourt. Y sin dejar tiempo á que su provocador volviese á replicar, alargó la mano y le abofeteó el restro.

Rodeáronles los amigos, pero todo ha sido inútil.

Cruzáronse las tarjetas y el lance era inevitable; el ofendido pedia un duelo á muerte.

Era lo inesperado.

* * *

Al dia siguiente, tempranito, un caballero llegaba con otros dos al parque de S... y á los pocos minutos otros tres se apeaban de su coche en el aquel mismo sitio. Estos últimos eran Julio y sus dos padrinos. Examinaron las armas y cuando se convencieron de que estaban perfectamente bien se las entregaron á los combatientes. El lance estaba acordado á pistola y á diez pasos de distancia.

Colocados en el sitio los adversarios, los padrinos dieron la señal convenida. Sonaron dos tiros y un cadáver cae al suelo... acuden los testigos y encuentran al pobre Julio en el suelo bañado en su sangre.

Estaba mortalmente herido. El rival que le habia herido, era Enrique, el novio desdeñado por Isabel.

Su venganza se habia realizado.

COLOMO

Hechos y dichos

Quien del prógimo se chunga
Se expone á igual tratamiento.
Como lo prueba este cuentco
Que, visto tiene sandunga.
Una carta Isabelilla lla.
Mandó un dia á su galán di-
Con este sobre: «A mi Juan,» har-
«El que vive en la» bo-
Hizo reir esto al majo,
Y tomando otro papel
Puso el sobre: «A mi Isabel»
«La que esta en el» cuar-
to-
ba-
jo.

* * *

A un sujeto muy supersticioso se le volcó el salero una mañana cuando estaba armorzando.

Dos horas después recibia la noticia de la repentina muerte de su mujer, que estaba en baños.

Una hora más tarde le cayó sobre el pantalón claro que llevaba un tintero.

—¿No lo dije—exclamó,—que me iba á suceder hoy algo?

Ya he perdido un patalón.

* * *

En unos exámenes.

—¿Qué es patrimonio?

—El caudal que hereda uno de su padre.

—¿Y matrimino?

—El que se hereda de la madre.

* * *

—¿A dónde vás á ir este verano?

—A Biarritz.